

¿Qué se espera de un analista?

El exilio del hablante

“Esto es lo que atesoré en el exilio: la posibilidad de toparme con lo necesario por azar.”
Tamara Kamenszain en “Poéticas de la distancia”

“La contingencia (...) no hay allí más que encuentro, encuentro, en la pareja, de los síntomas, de los afectos, de todo cuanto en cada quien marca la huella de su exilio, no como sujeto, sino como hablante, de su exilio de la relación sexual.” Lacan, Seminario XX, 26 de junio de 1973

Lo que Freud planteara como la imposibilidad, en el inconsciente, de inscribir lo relativo a lo sexual, Lacan lo redefine en términos de que la relación entre los sexos encuentra el obstáculo de su imposibilidad de escritura. Entiendo este obstáculo como aquél que, no quedando restringido a esta particularidad, contamina todos los elementos de la estructura de nuestro campo: el del sujeto hablante. O sea que Lacan, no solamente redefine el planteo freudiano sino que lo generaliza, de manera análoga a cuando plantea, con imaginación topológica, que el punto de atravesamiento de la botella de Klein no es solamente un punto localizable sino que debe pensarse afectando toda la estructura.

Esto hace a la singularidad de nuestra praxis y es razón de las mayores consecuencias, teóricas y clínicas.

Como una de estas consecuencias pienso la producción del neologismo lacaniano “lalangue”, diferente y otra cosa que las lenguas naturales, que el lenguaje tal como éste se constituye como objeto de un saber positivo. El de las ciencias. Lalangue es, ciertamente, relativa a la lengua materna, pero la lengua materna entendida en un sentido muy específico, no la lengua materna como objeto de la sociología, la lingüística o cualquier otra disciplina que se interesara por el idioma que efectivamente hablan, compartiéndolo, los habitantes de una misma comunidad territorial, poblacional, nacional. Lalangue es absolutamente singular, es de y para cada uno, y por eso Lacan define, a mi entender, a la lingüística como una elucubración de saber (entendiendo referencial) sobre lalangue. Para diferenciar nuestra praxis, y su objeto, de cualquier disciplina. Y para ajustar y precisar aquello de lo que se espera se ocupe un analista.

Hace pocos días me aconteció una experiencia que no dejó de anudarse en las derivas de asociaciones de lecturas, de ideas, de pensamientos e intuiciones que me estaban dando vueltas, no sé si sólo en la cabeza, tratando de imaginar qué escribiría para esta ocasión.

A pesar de que vivo donde vivo hace ya muchos años nunca había notado lo que mi nieto Facundo, sin saberlo, me hizo reconocer. Acabábamos de dejar el ascensor en la planta baja de mi departamento y él, que está ejercitando sus habilidades con la palabra, y entonces habla todo lo más que puede, se dirigió a mí diciéndome “¿abu? ...” Y entonces sucedió que, gracias a la resonancia del amplio pallier del departamento, él escuchara el eco de su propia voz. Perplejo, me mira, señala en alguna dirección y dice “nene” para encontrarse con mi propia perplejidad, mi asombro y mi emoción. No sé si soy capaz de transmitir el impacto de esta experiencia, no se me escapa del todo que su

carácter, cuasi epifánico, se debe, en buena medida, al amor que hay entre nosotros.

No pude menos que volver a transitar por los textos de Pascal Quignard y sus reflexiones sobre el sonido, la voz, y el privilegio que le da al eco y a las cavernas como cajas de resonancia por sobre la producción de las pinturas rupestres en las primeras moradas de los humanos.

¿No resuena cercano a esto, eso de que la pulsión es el eco en el cuerpo de que hay un decir?

El oído es la percepción más arcaica en el decurso de la historia personal, antes de la visión, del olfato, anterior incluso al instante del nacimiento y es la voz materna, preexistente, su ritmo, su tonalidad, sea ésta arrulladora, cálida o ensordecedora y tensa lo que constituirá el primer alojamiento para quien su destino será el de hablante.

El niño de la experiencia delata, en ésta, la división de la que es objeto. Entre la emisión de su voz propia y ésta, escuchada como ajena. Algo, sin embargo, viene a marcar un intento de enlace: el significante. Instante arqueológico que quedará sepultado cuando la alienación especular encuentre su momento de conclusión.

Y no coincido con Quignard cuando plantea que para lo sonoro, a diferencia de lo visual, no hay espejo. A menos que consideremos lo sonoro, eso sí, como lo exiliado en el espejo del lenguaje de manera análoga a como la mirada lo es en relación a la especularidad visual.

Porque cuando la alienación especular se resuelve en identificación, y cuando esta alienación se ve replicada en la alienación a los significantes, el niño, represión mediante, queda convertido en ese Ulises, paradigma del exiliado para nuestra cultura, ese Ulises que atado al mástil de los significantes que lo comandan puede seguir su viaje orientándose por este mástil y estas cuerdas

que le impiden morir en la entrega fascinada a esas voces de sirenas que lo atraen, canto y lamento que, si se entregara a ellas, significarían su pérdida. Ulises, el exiliado, puede hablar, puede vivir, puede no sucumbir a las voces encantadoramente mortíferas, con la condición de hacer esa parte del viaje atado, atado a un oír obediente. (En latín escuchar se dice obaudire. Obaudire que deriva en la voz castellana obedecer). El sujeto habla, se comunica, quiere hacerlo, y en esa intención de hablarle al otro para transmitirle sus ideas, sus pensamientos, para poner nombre a sus sensaciones, ya no es capaz de escucharse. Cuando hablamos estamos sordos a nuestras palabras, en todo caso lo que retorna es la significación del lenguaje, pero la carne de las palabras, su substancia, eso, se ha sacrificado en la intención de entenderse con los otros. También con uno mismo. Se ha constituido el espejo del lenguaje, o sería mejor decir, el lenguaje como espejo. Es el reinado de la representación.

De lo sonoro, quedarán restos, restos de lo oído que, entreverados a los restos de lo visto, conocerán su destino de reprimidos, toda vez que, enlazados al molino de los significantes sufrirán de un trabajo escritural, litoralización literalizante que, haciendo borde al flujo de goce, supondrá a su vez la pérdida irrecuperable de toda relación -de inmediatez- con la huella, el signo, el objeto del mundo. Imposible desde entonces, desde siempre, una tal relación de inmediatez, imposible pensar en una transcripción figurativa o en una lengua que transcriba, sin este trabajo de la letra, los sonidos escuchados, por más que el aprendizaje de las lenguas naturales y la escritura alfabética puedan hacernos soñar con que tal transcripción bastaría para explicar su adquisición. Esto es lo que Freud nos obliga a pensar cuando localiza a la represión como esa operación fundante del inconsciente.

En lo que se llama vocalización o fonetización está implicado ya el trabajo de la represión, trabajo de escritura, por más que Lacan haya necesitado del ejemplo de la huella de Viernes (momento figurativo, en que algo es transcripto) para hablar de un primer tiempo para la constitución del significante. Es que este primer tiempo sólo puede ser supuesto en el après-coup de los otros dos, en una temporalidad que le otorga su carácter privilegiado al segundo, el del borramiento de la huella, tiempo escritural. De ahí la predominancia de la letra, y por ésta, de la homofonía, sostenida del escrito.

En el canto IX de la Odisea, cuando el silencio retorna al mar, Eurilocos y Perimedes, oyendo el alejamiento del canto de las Sirenas desatan (anelysan) a Ulises. Es la primera vez que el vocablo “análisis” aparece en un texto griego.

El narcisismo no se modula solamente en relación a la reflexión de la imagen corporal. Ese mamarracho con forma de yo, se burla Lacan en El saber del psicoanalista, es el asiento de un saber tal que cuando se sabe, se sabe que se lo sabe. Reflexión de la conciencia, reflexión del conocimiento, del pensamiento en el lenguaje. No se trata entonces solamente del espejo relativo al cuerpo, el lenguaje también hace función de espejo cuando es abordado como reflexión de lo pensado, como función de un yo razonable, razonante. Muy difícil hacer el viaje sin estos recursos, de lo contrario se sucumbiría. Sólo que en el corazón de estos recursos hay una trampa, un índice de algo falsificado. Y es que este yo que sabe que sabe, en su vocación de imaginarse Amo desconoce que está tan atado como lo estuvo Ulises cuando costeara la isla de Kirké.

¿Cómo salir de este atolladero? Por lo pronto, y es lo que viene a decir el psicoanálisis, poniendo de relieve que el espejo, lejos de ser un aparato de

reflexión, es un aparato de división. El hablante, en el espejo –del cuerpo, en el del lenguaje- se reconoce, pero sólo al precio de dividirse. Y de esta división, si sigue sólo hablando “yo” pierde uno de sus términos. Justamente aquél que, aunque no lo crea, le es más propio, aunque prefiera imaginarlo el más ajeno.

Lalangue viene a nombrar eso perdido del hablante cuando se convierte en conquistador, en quien domina el lenguaje. Atado, sin saberlo, a sus identificaciones.

Lalangue está fabricada de goce y responde a la lógica de la repetición.

Impregnada de infancia, sus palabras están hechas de pulsión, con cuerpo y sexo. Algo de esto sabía Octavio Paz cuando se dirige a las palabras con su furioso y desesperado “!Hablen, putas!”.

Las equivalencias en los términos de lalangue ya no serán solamente simbólicas. Serán equivalencias materiales, físicas, sensibles.

Se relacionarán, se mezclarán, se superpondrán porque homofonan, porque suenan de manera semejante. Y hablarán, a su vez, de otro cuerpo, diferente a aquél reconocible en el espejo. La histeria dice de esto, pero por sobre todos, es la hipocondría quien sabe tomar la palabra al respecto.

Desatar los lazos de obediencia para liberar el audire, analizar al analizante Ulises es ponerse en posición de dejarse ir en una escucha flotante de lalangue de **ese** analizante sin apelación al recurso de una grilla referencial. Sin referencia a estructuras clínicas, ni a mecanismos. Disponerse a escuchar la materialidad de lalangue sabiendo que no hay modo de saber a priori cómo lalangue del analizante subjetiva.

“Esa semiosis resbaladiza cosquillea el cuerpo en la medida –que les propongo como absoluta- en la medida que no hay relación sexual. (...) el sentido no es sexual sino porque el sentido sustituye justamente a lo sexual

que falta. Todo lo que implica su empleo analítico (...) es lo que eso supone: no que el sentido refleje lo sexual sino que lo suple. El sentido, hay que decirlo, cuando no se lo trabaja, es opaco. La confusión de sentimientos es todo lo que la lengua está hecha para semiotizar. Y por eso las palabras están hechas para ser plegables en todos los sentidos (...) y justamente de aquí puede producirse la interpretación. Es decir que a causa del hecho de que tenemos una atención flotante, oímos lo que el analizante ha dicho, a veces simplemente debido a una especie de equívoco, es decir, de una equivalencia material. Nos percatamos de que lo que ha dicho podía ser –nos percatamos porque lo padecemos- podía ser oído todo de través. Y es justamente al oírlo todo de través que le permitimos advertir de donde emergen sus pensamientos, su semiótica propia. Ella no emerge de otra cosa que de la ex-sistencia de la lengua.” Jacques Lacan, 11 de junio de 1974.

Lacan llamó destitución subjetiva al fin de este viaje. Modo no psicótico de acogida de la letra, viaje para cuya consecución dos cosas son necesarias: una cierta posición de exilio, esta vez del analista, en lo relativo al saber. Y que algo del orden del amor, de cierta forma de amor, esté puesto en juego.

Aída Dinerstein

Agosto/2008

